

LA CREACIÓN DE LATINOAMÉRICA



ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

AL VIAJAR AL EXTRANJERO, muchos colombianos encontramos que el mayor referente que tenemos no es la nacionalidad. Para el emigrante, de hecho, uno de los descubrimientos más impactantes e inmediatos es lo poco conocida que es Colombia más allá de algunos personajes. Si uno dice que es colombiano, la asociación más común (y siempre incómoda) es con Pablo Escobar. A veces, surgirá quien mencione a Shakira o Juanes. En el mejor de los casos, a García Márquez o a Botero. Y en el extremo opuesto, no faltará quien pregunte en qué parte de África está Colombia (aunque otras veces nos ubican en Europa y tal vez suceda un día con Asia u Oceanía).

Por eso, si queremos que personas de otras latitudes nos ubiquen culturalmente, la alternativa más rápida (si no se tiene el tiempo para hablar de historia colonial, de la cumbia, de los chibchas y de los emberá, de José Asunción Silva y de San Basilio de Palenque) es recurrir al comodín y decir simplemente: “soy latino”. Eso funciona como magia, pues inmediatamente la otra persona entiende que tiene ante sí a un miembro de una cultura con la que en alguna medida está familiarizado, en lugar de tratarnos como visitantes de un país exótico. Obviamente, las únicas naciones donde eso no sirve para explicar nuestras diferencias culturales

son las de Latinoamérica, más España, que requieren de la nacionalidad para explicar diferencias. Pero con el 90% restante de la población de la Tierra, la referencia de “latino”, o “latinoamericano”, es suficiente para explicar las particularidades más obvias, desde la forma de saludarnos, vestimos y movernos, hasta nuestro acento.

Ahora, lo paradójico de que lo latinoamericano sea la referencia de nuestra propia identidad más importante frente a otras culturas es lo poco que solemos conocer de la creación del término en Latinoamérica (y en Colombia, en particular, ya que un compatriota jugó un papel primordial). En la academia norteamericana, la versión dominante sobre cómo se creó el término “latino” es racial y lingüística, y se afirma que la popularización de su uso obedeció a una motivación política por parte de algunas potencias europeas. Según esta versión, luego de un viaje por Estados Unidos y México, el francés Michel Chevalier acuñó la idea de que existía una raza latina en América, que estaba más relacionada con los habitantes de los países europeos que hablan lenguas romances (España, Portugal, Francia, Italia, etc.) que con los americanos angloparlantes del norte. Y esa “raza latina” estaba presente no solo en los países que hoy forman Latinoamérica, sino en las partes de Estados Unidos donde se hablaba español (casi la mitad de lo que hoy es ese país, pues la idea es anterior a la guerra entre Estados Unidos y México, donde el último

perdió más de un tercio de su territorio) y en el Quebec canadiense. Luego, esa idea fue popularizada en Francia por conveniencia, gracias a que esa nación, una de las “superpotencias” del siglo XIX, tenía proyectos coloniales en el continente americano que alcanzarían su cumbre en la invasión de Maximiliano a México. Podría decirse entonces que la idea de la “raza latina” le permitía a Francia oponerse ideológicamente a la doctrina Monroe (esto es, “América para los americanos”), pues resaltaba que la cercanía geográfica no implicaba una cercanía cultural (o racial, para decirlo según la época), y gracias a esto quedaba en entredicho quién tenía derecho a “guiar” a las naciones menos poderosas del continente (y, de paso, explotar sus riquezas).

Ahora, lo que esa versión “olvida” (o vuelve secundario, sin serlo) es el papel que cumplieron los intelectuales hispanoamericanos, pues aunque estos acogieron la idea de una “raza latina”, le dieron un sentido muy distinto, mucho más cercano a como hoy entendemos la idea de lo latino, en particular cuando se usa para resaltar las diferencias frente a América del Norte y Europa. Dos intelectuales son particularmente relevantes en esto: el chileno Francisco Bilbao y el colombiano José María Torres Caicedo. El primero enuncia un discurso y el segundo escribe un poema en el mismo año de 1856; esto es, luego de que México perdiera un tercio de su territorio frente a Estados Unidos y mientras el filibustero estadounidense William Walker usurpaba la presidencia de Nicaragua para crear a sangre y fuego una colonia angloparlante bajo su dominio personal. Ambos, Bilbao y Torres Caicedo, estaban en Europa en ese momento.

Pero aunque hablan desde Francia, no hablan por Francia. Hablan por Latinoamérica. Y eso hace toda la diferencia del mundo.

Bilbao pasa de hablar de una “raza latina” a una “raza latinoamericana” en su *Iniciativa de la América*, un largo discurso donde aboga por la necesidad de crear un Congreso de todas las naciones latinoamericanas, que escogiera una capital para crear una confederación. En el texto, Bilbao, siguiendo a Tocqueville, ve a Estados Unidos como uno de los dos imperios en formación. El otro es el ruso, pero este último está lejos, mientras que: “Los Estados Des-Unidos de la América del Sur, empieza a divisar el humo del campamento de los Estados-Unidos”. Y al respecto dice: “Sabemos que la Rusia es la barbarie absolutista, pero los Estados-Unidos olvidando la tradición de Washington y Jefferson son la barbarie demagógica”. Y más tarde recalca: “Se precipitan sobre el Sur, y esa nación que debía haber sido nuestra estrella, nuestro modelo, nuestra fuerza, se convierte cada día en una amenaza de la autonomía de la América del Sur”. En cuanto a Europa, el autor no quiere recibir nada más de ella, pues considera que Europa ha entrado en una decadencia “de la personalidad” a pesar de su crecimiento económico. Lo que quiere es, literalmente, la creación de una nueva nacionalidad, común a todas las naciones latinoamericanas, que complemente y se superponga a todas las otras en un modelo federal, como único camino hacia el desarrollo y la defensa territorial.

Torres Caicedo, por su parte, es el primero en usar la expresión “América Latina” como denominación de un área específica del continente

La evolución del término Latinoamérica, esa búsqueda de una expresión que permitiera describir una enorme región que carecía aún de nombre unificador, tuvo algo de odisea artística.

americano, en su poema “Las dos Américas”, escrito en 1856 y publicado en 1857. No sólo poeta, sino además diplomático, Torres Caicedo sería uno de los pioneros en la defensa internacional de los derechos de autor, como presidente del primer Congreso de Propiedad Literaria en Viena¹. Como Bilbao, Torres Caicedo dice que aunque Estados Unidos en su independencia hizo “una Santa Revolución”, perdió luego el rumbo marcado por Washington y Franklin. Dos de las 36 estrofas son particularmente dicientes de cómo ve Torres Caicedo a Latinoamérica en relación con el resto del mundo: “Esos pueblos nacidos para aliarse: / La unión es su deber, su ley amarse: / Igual origen tienen y misión; / La raza de la América latina, / Al frente tiene la sajona raza, / Enemiga mortal que ya amenaza / Su libertad destruir y su pendón. / La América del Sur está llamada / A defender la libertad genuina, / La nueva idea, la moral divina, / La santa ley de amor y caridad. / El mundo yace entre tinieblas hondas: / En Europa domina el despotismo, / De América en el Norte, el egoísmo, / Sed de oro e hipócrita piedad”. No en vano, el poema termina en un largo llamado a que los latinoamericanos se unan en una “Santa alianza” y tomen las armas para efectuar una defensa común de la única región del mundo donde, según Torres Caicedo, se conservan vivos los ideales de libertad que dieron origen a las revoluciones y guerras de independencia.

Habría que decir entonces que, si toda nueva propuesta artística es la mezcla de los mismos elementos de las anteriores propuestas bajo un nuevo principio, la evolución del término Latinoamérica, esa búsqueda de una expresión que permitiera describir una enorme región que carecía aún de nombre unificador, tuvo algo de odisea artística. Bilbao y Torres Caicedo fueron los puentes que permitieron saltar la enorme

distancia entre el concepto de “la raza latina” de Chevalier como mera derivación de lo europeo, a la idea de *Nuestra América* de Martí medio siglo después. Y en ese sentido, puede decirse que la historia del término “Latinoamérica” refleja bien la de la región que describe. De elementos ya existentes se dio paso a algo nuevo, la mezcla permitió recomponer lo ya existente en un sentido por completo distinto, gracias a la aparición de motivos, sensibilidades y preocupaciones intrínsecamente latinoamericanos. Como sus autores... O como nosotros mismos. ■

Notas

¹ Esto también estaba muy relacionado con Estados Unidos, donde era una práctica común para ese entonces lo que hoy conocemos como piratería intelectual internacional, pues dicho país se resistía a firmar tratados que protegieran los derechos intelectuales de los autores extranjeros. Johnny Antonio Pabón Cadavid estudia a profundidad esa faceta de Torres Caicedo relacionada con los derechos de autor en su artículo “José María Torres Caicedo: el nacimiento de la identidad latinoamericana, las construcciones nacionales y el derecho de autor” (Revista *La propiedad inmaterial* N.º 16 - noviembre de 2012, pp. 21-55).

